

NARRATIVA DE CORDELIA





El Maestro Juan Martínez
que Estaba Allí



Primera edición en REINO DE CORDELIA, octubre de 2026

Primera edición, 1934

Edición basada en la *Narrativa Completa* de Manuel Chaves Nogales, publicada en 1993 por la Diputación de Sevilla

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es

 @reinodecordelia  facebook.com/reinodecordelia

 <https://www.youtube.com/c/ReinodeCordeliaor>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 6º pta. 13

28003 Madrid

 El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura a través de la Dirección General del Libro, del Cómic y de la Lectura

Prólogo: © Abelardo Linares, 2026

Ilustraciones: © Javier de Juan, 2026

IBIC: FA | Thema: FBA

ISBN: 979-13-87599-57-7

Depósito legal: M-23806-2026

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

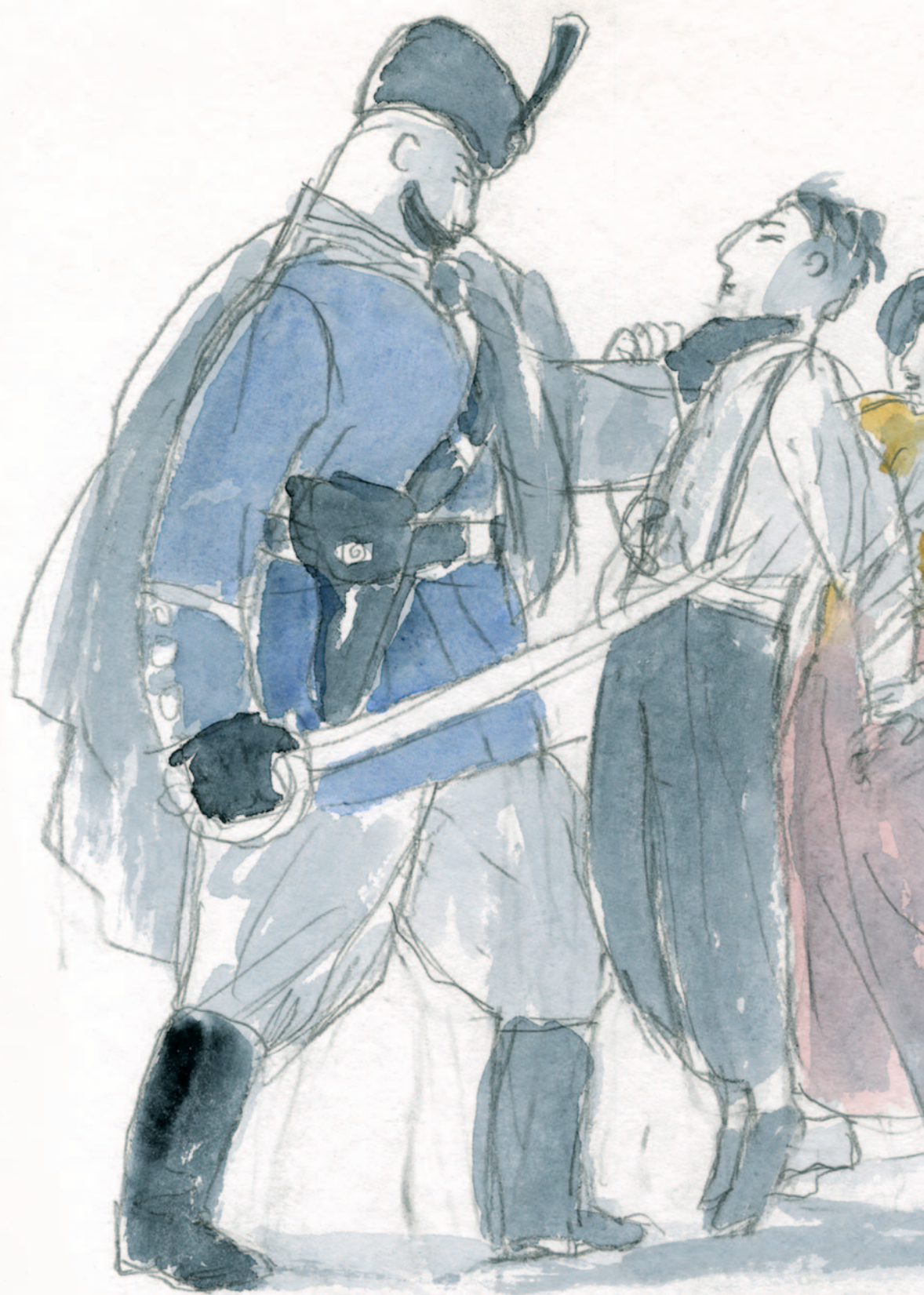
El Maestro Juan Martínez que Estaba Allí

Manuel Chaves Nogales

Dibujos de Javier de Juan

Prólogo de Abelardo Linares





Índice

Prólogo: *El maestro Juan Martínez está todavía aquí*, por ABELARDO LINARES 9

EL MAESTRO JUAN MARTÍNEZ QUE ESTABA ALLÍ

I. París, 1914	17
II. Tú eres un espía	27
III. El espectro de la guerra nos persigue	35
IV. El desvalijador de cadáveres	47
V. El gabinete número dos	57
VI. Así fue la revolución de marzo	67
VII. Mientras el segador afila su hoz	81
VIII. Lo que hice yo en Moscú durante los diez días que conmovieron al mundo	91
IX. ¡Han triunfado los bolcheviques!	101
X. La caza del hombre en las calles de Moscú	111
XI. El mejor bolchevique que había en Rusia	123
XII. Los militares se divierten	133
XIII. La derrota de los príncipes	145
XIV. Al servicio de la revolución en el Ejército Rojo	157

XV.	La gloria del atamán Petliura	171
XVI.	Cómo se vive en plena guerra civil	181
XVII.	Un hombre de frac entre los bolcheviques	191
XVIII.	Así mataba la Checa	201
XIX.	El japonés Masakita, malabarista y verdugo	213
XX.	Cuando era más difícil comer que hacerse millonario	223
XXI.	Asesinos rojos y asesinos blancos	235
XXII.	Por qué triunfaron los bolcheviques	245
XXIII.	Yákovlev, el que fusiló a su padre	259
XXIV.	Los españoles en la revolución bolchevique	271
XXV.	«¡Tío! ¡Tío!»	281
XXVI.	La fuga	293
XXVII.	Resurrección	307



PRÓLOGO

El maestro Juan Martínez está todavía aquí

EL MAESTRO JUAN MARTÍNEZ QUE ESTABA ALLÍ es quizás el libro de Chaves Nogales más sorprendente, vivo e imprevisible y, por lo tanto, más original de todos los que escribió. *A sangre y fuego* y *Juan Belmonte, matador de toros* son sin duda más populares y gozan de un prestigio más reconocido, tanto que, para muchos, el segundo es la mejor biografía taurina jamás escrita y el primero el libro de relatos más representativo de la narrativa española acerca de la Guerra Civil, pero no valen ni significan más que este, al menos desde un punto de vista estrictamente literario.

No tiene demasiado sentido contar, a estas alturas, quién fue Manuel Chaves Nogales y quién fue Juan Martínez, ya que quienes se acerquen a esta edición espléndidamente ilustrada por Javier de Juan o lo saben ya o les bastaría para saberlo con consultar el móvil que tienen en el bolsillo. Pero sí puede tener algún interés o novedad echar un vistazo a ciertos alrededores de este libro apenas visitados.

Dado que *El maestro Juan Martínez que estaba allí* tiene como asunto principal la revolución rusa vista por un bailarín flamenco, el primer punto a tratar debería ser la relación del libro con Rusia por dos poderosos motivos: porque es el tercer libro que Chaves Nogales dedica, de un modo u otro, a ese país y porque Rusia, la Unión Soviética o la Rusia de Stalin estuvieron muy «de moda» —si se me permite la frivolidad de la expresión— en el período de entreguerras (1918-1939) del cada vez menos cercano siglo XX.

Los viajeros a la Rusia de los primeros años de la Revolución lo fueron por curiosidad intelectual, como Ludwig Wittgenstein, Bertrand Russell, G. Bernard Shaw o H. G. Wells; por simpatía, a modo de peregrinaje ideológico, como Romain Rolland

o Panait Istrati; o por motivos más o menos profesionales —estoy pensando en los sindicalistas, políticos y periodistas— como Ángel Pestaña, Óscar Pérez Solís, Josep Pla o Manuel Chaves Nogales; aunque a menudo los tres motivos se juntan y se reordenan o aparecen otras posibles divisiones, como la de los encantados y los desencantados o críticos con el viaje, como lo fueron, entre estos últimos, Panait Istrati, Bertrand Russell o André Gide.

Entre la treintena de escritores, políticos y periodistas españoles que viajaron en esos años a Rusia y escribieron sobre ella, desde Diego Hidalgo y Julio Álvarez del Vayo a José Ramón Arana (bajo su verdadero nombre: José Ruiz Borau) y Max Aub, el testimonio de Chaves Nogales destaca por algo que siempre va a seguir siendo destacable en él y que no es nunca algo en exceso común: su afán de objetividad, de imparcialidad, su empeño por contar lo que ve con viveza y detalle y que sea el lector quien decida si lo narrado le resulta simpático o antipático, fantasía o realidad.

Por otra parte, hasta el momento han vencido los malentendidos y suposiciones equivocadas sobre ese viaje de Chaves Nogales y se ha usado como principal fuente la fantástica versión de César González-Ruano en sus extraordinarias pero no siempre fiables memorias: *Mi medio siglo se confiesa a medias*. Cuenta Ruano que un día indeterminado de 1928, estando él en la redacción de *El Heraldo de Madrid* con Chaves Nogales, por entonces redactor jefe del periódico, Manuel Fontdevila, su director, se acercó a ellos y le dijo a Chaves, alargándole un billete de quinientas pesetas —aproximadamente mil euros de ahora mismo—, que por qué no se iba a dar una vuelta por Europa, supuestamente para escribir un reportaje. Chaves, rascándose dubitativamente la cabeza, le respondió que muy bien, pero que con eso apenas si tenía para llegar a París. Fontdevila se dispuso entonces a rebatirle, lanzándole un reto y de paso dándole una lección de periodismo, según Ruano («Ruanito» todavía en las redacciones de Madrid): «¿Y para qué quiere usted entonces el carné de periodista de *El Heraldo*? ¿Es que no sabe usted pedir dinero en las embajadas y consulados?». Y no hubo más, según González-Ruano, sino que Chaves se fuera a esa vuelta por Europa sobre la que el propio Ruano escribió por entonces no menos de tres simpáticas crónicas contando las cosas de modo absolutamente distinto al relato de las memorias; que termina, por cierto, con un cierre o apostilla muy de Ruano: «Esa era la manera golfa y eficaz que tenía *El Heraldo* de solucionar las cosas».

En realidad el viaje duró más de dos meses y tuvo necesariamente que suponer el gasto de varias docenas de miles de pesetas de la época. Para explicar el extraño caso de que un periódico español, en ascenso pero que vendía menos de 200.000 ejemplares, se decidiera a hacer un gasto tan enorme como inhabitual en los usos

de la prensa española, no hace falta ser un lince ni un lobo solitario ni un caballo blanco. Basta con unir correctamente la siguiente línea de puntos: el 10 de mayo de 1928 se le concede a Manuel Chaves Nogales el prestigioso premio Mariano de Cavia.

Toda la prensa española, especialmente la más joven y de provincias, destaca que por vez primera se le da el premio no a un articulista literario sino a un periodista innovador, capaz de utilizar un avión para hacer un reportaje. El 19 y 20 de julio aparecen en la portada de *El Heraldo* dos espectaculares anuncios sin duda concebidos y redactados por Chaves: «16.000 kilómetros de vuelo para *El Heraldo de Madrid*. Nuestro redactor jefe, señor Manuel Chaves Nogales, dará la vuelta a Europa en avión». Junto a la foto del periodista al pie del avión se daba noticia de que ya se había cumplido la primera etapa del viaje: Madrid-Barcelona, Barcelona-Marsella, en el primer anuncio. En el segundo vemos la figura de Chaves junto a un mapa de Europa y los trazos de su viaje.

A esto debiéramos añadir que en más de veinte periódicos españoles de ámbito regional se anunció oportunamente que habían contratado «con un importante sacrificio económico» la publicación local, a modo de exclusiva, de toda la serie de reportajes. Asimismo, en el diario bonaerense *La Nación*, el que mejor pagaba las colaboraciones en todo el mundo hispánico, también apareció el viaje por Europa, aunque en una versión bastante más reducida. Basta unir toda esta información para darse cuenta de que el viaje a Rusia no fue un encargo de *El Heraldo* sino un proyecto personal del propio Chaves que tiene como detonante el enorme éxito de su reportaje sobre la aviadora Ruth Elder y el posterior Premio Mariano de Cavia.

A Chaves no solo se le ocurrió la idea de hacer un mucho más ambicioso viaje por Europa hasta el Cáucaso; fue capaz asimismo, ante todo, de conseguir la financiación suficiente para ese viaje, gracias a lo pagado por *La Nación* y los periódicos regionales españoles, y de organizar personalmente la complicada infraestructura logística que implicaba un empeño de tal naturaleza. No deja de resultar sorprendente el que entre la noticia del Premio Mariano de Cavia y la foto de Chaves Nogales al pie del avión en el que se inicia su viaje a Europa transcurrieran solo dos meses.

En esas ocho o nueve semanas a Chaves tuvo que ocurrírsele la idea del viaje por Europa y perfilarla convenientemente («Si un viaje a Lisboa para entrevistar y traer a Madrid en avión a una aviadora que ha tenido un accidente ha causado tanto revuelo, ¿qué pasaría si consiguiera organizar un viaje recorriendo media Europa y llegara hasta el Cáucaso?», tuvo necesariamente que decirse), convencer a su

director, Fontdevila, y a los hermanos Busquets, los dueños del diario, ponerse en contacto con *La Nación* de Buenos Aires y con veinte o veinticinco periódicos españoles para negociar con ellos su patrocinio, así como pasaporte, permiso de acceso y circulación a ciertos países y hoteles, y pasajes de avión bien coordinados y otra multitud de pequeños detalles necesarios para un viaje de tal envergadura.

Lo de darse una vuelta por Europa y alargarse hasta el Cáucaso estirando quinientas pesetas no fue la única broma de González-Ruano; la anécdota se le había ya atribuido unos años antes —y con razón mayor cuando los diarios costaban solo cinco céntimos— al viajero Julio Camba, y además, en 1928 la Dictadura de Primo de Rivera no mantenía relación alguna diplomática con la U.R.S.S. y no había, por tanto, ni en Tiflis ni en Bakú, consulados españoles a los que acercarse para pedir dinero a cuenta.

La vuelta a Europa en avión. Un pequeño burgués en la Rusia roja, además de ser el primer libro de Chaves relacionado con Rusia, nos presenta o hace visibles por vez primera tres características especialmente suyas: su capacidad de organización y mando, su afán por ser objetivo y ecuánime en lo posible y su ambición de convertirse en un periodista internacional, perceptible ya en el hecho de colaborar con el diario argentino *La Nación*.

El siguiente libro de Chaves Nogales, *Lo que ha quedado del imperio de los zares*, reúne características muy parecidas ya que también está relacionado con Rusia, en esta ocasión con los rusos blancos que se exiliaron en París, sobre quienes Chaves ofrece una enorme cantidad de información en sus crónicas y entrevistas, sin decidirse a tomar partido ni por ellos ni por la Revolución triunfante.

El libro empieza a publicarse a finales de enero de 1931 en el periódico *Ahora* —que había empezado su andadura apenas dos meses antes, en noviembre de 1930— en forma de folletín diario y con gran cantidad de ilustraciones. No deja de ser curioso que en febrero de ese mismo año la revista cubana *Orbe* —un magacín semanal un poco al modo de la revista española *Estampa* o la francesa *Voilà*, de la misma empresa que editaba el *Diario de la Marina*— se estrenara incorporando a sus páginas *Lo que ha quedado del imperio de los zares*, con las mismas características que tenía la edición española. En 1935 se publicó en São Paulo *As ruínas do imperio ruso*, una traducción brasileña que alcanzó cierto éxito y recibió buenas críticas.

La temática rusa no se agota ni siquiera con *El maestro Juan Martínez que estaba allí*, el tercero de los libros rusófilos de nuestro escritor, ya que aún nos queda por citar *La bolchevique enamorada*, una novela corta tangencialmente relacionada con la figura de Aleksandra Kolontái, la célebre revolucionaria y diplo-

mática, aparecida en *La Novela Asther*, una colección de corta vida y tendencia izquierdista en la que aparecieron interesantes narraciones de Joaquín Arderús y Alardo Prats y Beltrán y, por último, dos variadas series de artículos publicados entre 1939 y 1943.

La que pudiéramos llamar primera serie está constituida por un reportaje firmado en la revista colombiana *Estampa*, de la que Chaves Nogales era su enviado especial en París, sobre la muerte del gran duque Cirilo —quien se había autoproclamado zar de todas las Rusias— y la figura del heredero, un jovencito aficionado a los coches de carreras, y ocho crónicas aparecidas de forma anónima en la revista *Match*, pero que hay razones suficientes para considerar de la mano de Chaves Nogales.

La primera de ellas coincide exactísimamente en la fecha, la temática, el tono y el estilo del reportaje escrito para *Estampa* por Chaves y lleva por título: «Resurrección de la vieja Rusia. Coronación en París de un zar» (enero, 1939). Aunque el título de estas crónicas publicadas al mismo tiempo, entre enero de 1939 y junio de 1940, en varios países de la América española sea responsabilidad más de cada periódico o revista que del propio Chaves Nogales, merece la pena apuntar los nombres de las restantes crónicas de temática rusa: «Cómo y por qué cayó Litvínov. La sombra de Stalin» (mayo, 1939), «Polonia-U.R.S.S. Dos ejércitos que no quieren conocerse» (junio, 1939), «Los misterios del Kremlin. La cruz gamada bajo la sombra de la hoz y el martillo» (octubre, 1939), «Una princesa polaca relata la invasión de los soviéticos» (noviembre, 1939), «Cómo el segundo imperio ruso decidió el atentado en nombre de la Tercera Internacional. La agresión a Finlandia» (febrero, 1940), «Secretos del Kremlin: Voroshílov. Su novela, su leyenda, sus temores» (abril, 1940), «Rosa Max Hamel, esclava n.º 1 de Stalin» (abril, 1940) y «La capitulación de Moscú. Historia de la paz ruso-finlandesa» (mayo, 1940).

La segunda serie estaría formada por el medio centenar de crónicas sobre la situación de los nazis en el frente ruso entre mayo de 1942 y diciembre de 1943 para la agencia *Reuters*. En esas fechas, Chaves Nogales, que estaba en Londres, tuvo también relación con la *Agencia Francesa Independiente (A.F.I.)* —la sucesora londinense de *Havas*— y *Atlantic-Pacific Press Agency*, aparte de su labor de corresponsal independiente de periódicos como *El Tiempo* de Bogotá y *La Hora* de Chile, y revistas como *Argentina Libre*, la cubana *Bohemia* o la mexicana *Hoy*. En *Reuters*, durante ese año y medio, Chaves siguió ocupándose de la vida en Londres, de las repercusiones de la guerra en Portugal, España y los países americanos de lengua española y portuguesa y también de lo sucedido en el escenario mediterráneo, incluida la invasión de Italia y la caída del régimen fascista.

Las crónicas rusas tienen un carácter acusadamente prosoviético, ya que Rusia formaba parte de lo que empezó a llamarse «Las Naciones Unidas» y era un firme aliado de las democracias. En ellas se muestra el definitivo giro de la guerra en el frente ruso a partir del sitio de Stalingrado y el progresivo declive de los ejércitos nazis ante las continuas ofensivas de las fuerzas soviéticas. En 1943 empezó a sentir Chaves los mordiscos del cáncer de estómago que terminaría por matarle en mayo del año siguiente, y quizás tal cosa empiece a percibirse en el hecho de que abandonara a finales de enero de 1943 la dirección de la *Atlantic-Pacific Press Agency* y dejara en esos mismos días de colaborar con la *A.F.I.* para centrarse en *Reuters* y en los periódicos y revistas con los que había contraído un compromiso personal. El artículo «La conferencia de Moscú», aparecido el cinco de noviembre de 1943 en el *Correio da Manhã*, es quizás la última cosa que alcanzó a escribir relacionada con Rusia.

Otro de los asuntos que está en las afueras o en los alrededores de *El maestro Juan Martínez que estaba allí* consiste o se relaciona con el hecho de que esta obra se nos presente por vez primera en forma de folletín, es decir, de publicación periódica, formando parte de la revista *Estampa* y no directamente como libro. En realidad esta es una de las más singulares características de Chaves Nogales como escritor, la de concebirlo todo, la de idear y presentar su obra entera desde el punto de vista periódico, ya que resulta fácil hacer la comprobación de que todos sus libros —a excepción quizás de su obra inicial, *La ciudad*, patrocinada como libro por el Ayuntamiento de Sevilla, pero también adelantada en parte por la prensa— aparecieron siempre antes en un diario o en una revista que en formato libro. Lo hemos comprobado ya en el caso de *La vuelta a Europa en avión* y *Lo que ha quedado del imperio de los zares*. Pero lo mismo va a suceder con las obras siguientes.

A sangre y fuego, el más famoso de sus libros, fue publicado por Chaves primero en el diario *La Nación* de Buenos Aires y luego en las revistas *Sucesos para todos* de México y *Bohemia* de La Habana en 1937. A principios de 1938 lo publicó también el diario inglés *Evening Standard* y solo un tiempo después aparecerán las ediciones en libro inglesa, norteamericana y canadiense. La edición chilena de la editorial Ercilla puede considerarse y se considera, razonablemente, la primera edición canónica de la obra, pero en realidad es una edición pirata que utiliza lo aparecido en *La Nación*. Podemos tener incluso la casi absoluta seguridad de que Chaves Nogales no es que no viera nunca un ejemplar, es que ni siquiera llegó a tener noticia de su existencia.

En cuanto a su siguiente obra, *Los secretos de la defensa de Madrid*, fue enviada por Chaves Nogales a la revista mexicana *Sucesos para todos*, donde apareció en 1938, pero la primera edición completa y fidedigna en libro, publicada por la editorial

Renacimiento, tuvo que esperar hasta 2017. *Los secretos de la defensa de Madrid*, pese a que en vida de Chaves Nogales no llegara a existir en formato libro, tuvo un cierto éxito en Gran Bretaña, ya que fue publicado en los primeros meses de 1939 nada menos que por cuatro diarios distintos: *Evening Standard*, *Daily Record*, *Coventry Evening Telegraph* y *Evening Chronicle*.

Un caso también un tanto peculiar es el de *La agonía de Francia*, el último de sus libros con carácter orgánico, ya que sin duda fue publicado por Chaves Nogales en algún diario o revista anglosajona en los primeros meses de 1941, pero solo lo conocemos por la edición pirata que hizo el editor uruguayo Claudio García ese mismo año. Gracias a que el editor mismo es quien nos avisa de que el libro es la versión española de *The Fall of France*, podemos tener una razonable seguridad de que realmente el original existe y fue publicado antes en la prensa, como todos los anteriores.

Para ir terminando con esos «alrededores» de la obra misma de los que he estado hablando, nada mejor que el anuncio, a página completa, que durante varias semanas aparece en la revista *Estampa*. En él, junto al retrato de Chaves Nogales y una fotografía «en pose profesional» del maestro Juan Martínez y Soledad, su mujer, encontramos un texto, llamémosle publicitario, acerca de la obra y dos reclamos, dos destacados, dos *blurbs*: «El triunfo del bolchevismo y la guerra civil en Rusia vistos y vividos por un bailarín flamenco» y «la novela de la realidad que supera todos los folletines», obra los dos, innegablemente, de Chaves Nogales, como todo el resto del texto.

Así, es el propio Chaves Nogales quien nos dice, de forma un tanto sorprendente sin dejar de ser pedagógica: «Este folletín-reportaje, rigurosamente inédito, escrito para *ESTAMPA* por Manuel Chaves Nogales, es un testimonio auténtico, y en todas sus partes veracísimo, de lo que fueron los años de la revolución bolchevique y la guerra civil en Rusia. Trátase de una verdadera novela de aventuras, vivida por unos personajes de carne y hueso, unos artistas españoles, a los que aquellos acontecimientos pavorosos cogieron de lleno, convirtiéndolos en espectadores y, a veces, en actores de la gran tragedia del pueblo ruso. Las dramáticas andanzas del bailarín español Juan Martínez y su mujer, desde 1916 hasta 1924, por la Rusia de Nicolás II, de Kerenski y, finalmente, de Lenin, tienen tal fuerza patética, tan emocionante dinamismo, que su relato supera en interés a todas las creaciones literarias de pura fantasía. “El maestro Juan Martínez que estaba allí” es una novela absolutamente verídica; es el verdadero folletín de nuestro tiempo, en el que la vida intensa y catastrófica de la época revolucionaria supera en emoción a las creaciones de la fantasía más desbordada. Manuel Chaves Nogales ha sabido recoger en este folletín-reportaje

la vida novelesca de estos dos españoles, perdidos en el caos de la revolución soviética. El español Juan Martínez y su mujer, hambrientos, perseguidos, maltratados, amenazados de muerte a cada hora, cruzan las páginas de este folletín sensacional a través del gran cataclismo del Imperio de los Zares. El bailarín Martínez no es marxista ni antimarxista; lo ignora todo, y habla de la revolución tal como la ha visto; tal como la ha vivido. Cuando va a ser fusilado o cuando le encierran en las prisiones de la Checa, él no sabe qué partido político le quiere fusilar o le encarcela, ni si doctrinalmente tiene estas o aquellas razones para hacerlo. Cuenta únicamente lo que ha visto, lo que ha sufrido, lo que ha luchado al verse cogido en aquel espantoso torbellino de crueldad».

Para disfrutar con la lectura de este libro impar, el lector no necesita nada más. *El maestro Juan Martínez que estaba allí* no es exactamente un folletín —por más que lo asegure el propio Chaves, como queriendo quitarle importancia a su ambicioso empeño—, aunque aparezca en folletón en una revista de 1928. Tampoco es una novela, aunque mucho tenga, por supuesto, de novela; ni un reportaje, aunque tenga todas las señas del reportaje; ni una biografía, aunque de algún modo sea una exactísima biografía; ni menos aún unas memorias, aunque sea el propio Juan Martínez quien nos cuente sus recuerdos de la revolución rusa, igual que suele pasar en todos los libros de memorias.

Aunque las palabras, y más aún las palabras de elogio, pesen cada vez menos o sean como vasos que rara vez están llenos de su sentido y significado, *El maestro Juan Martínez que estaba allí* es con toda certeza uno de los grandes libros de la literatura española del siglo XX.

ABELARDO LINARES

I. París, 1914

A LA SOMBRA ESPECTRAL del Moulin de la Galette, en el calvario pedregoso de la rue Lepic, deslizándose junto a los jardincillos empolvados de los viejos estudios de pintor, que huelen a permanganato y aguarrás; cobijándose en las grietas de la desvencijada plaza de Tetre, en aquel paisaje lunar que es hoy el corazón de Montmartre, va haciéndose viejo mi amigo Martínez.

Martínez es flamenco, de Burgos, bailarín. Tiene cuarenta y tres años, una nariz desvergonzadamente judía, unos ojos grandes y negros de jaca jerezana, una frente atormentada de flamenco, un pelo retepeinado de madera charolada, unos huesos que encajan mal, porque, indudablemente, son de muy distintas procedencias —arios, semitas, mongoles—, y un pellejo duro y curtido como el cordobán.

Hace veinte años, cuando Martínez vino a Montmartre, era un mocito chulapo de pañuelo de seda al cuello, hongo y pantalón abotinado. Bailarín, hijo de bailarín, granujilla madrileño y castizo, con arrequives de





pillo de playa andaluza, pero muy mirado, de una peculiar hombría de bien y una moral casuística complicadísima, había robado a Sole —una moza de pueblo, alegre y bonita como una onza de oro— y se había ido con ella a París de Francia.

Le enseñó a bailar aquel flamenco litúrgico con bata de cola y enagua almidonada, heredado del Salón Burrero y el Café Silverio. Ella bailaba mejor, sin embargo, una jota trepidante de aldea celtíbera, cuyo *sprint* final le arrebolaba las mejillas tersas y le hacía palpar, como buche de paloma en mano, los pechos, muy levantados y oprimidos por el alto corsé de ballenas.

Bajo la rúbrica imperial de «Los Martínez» se ganaban la vida bailando por los cabarets de Montmartre. Habían tenido un gran éxito en el Pigalle, en el Moulin Rouge y en un teatrillo de varietés que había entonces debajo de la Torre Eiffel. Él era todo un hombrecito, y navegaba bien por aquellas sirtes del Montmartre cabaretero del año 1914, entre *maquereaux*, apaches, *cabotinières*, agentes del *chemin* de Buenos Aires, pederastas, traficantes de *neige*, policías que les chantajeaban y honestos y sencillos ladrones. En este mundillo de la delincuencia parisiense, los españoles encuentran siempre la leal protección de ilustres compatriotas que gozan de un bien ganado prestigio.

Ella era muy simple, muy alegre y muy buena. Se había ido a correrla con aquel chulillo simpático abandonando de súbito el cántaro y el refajo. Él, muy pinturero, con una gruesa cadena de oro en el chaleco y unos luises en el bolsillo, quería ponerla a la moda, y la llevaba a las tiendas de la rue de la Paix, donde entonces vestían a las mujeres con unas *robes* largas, de tules incitantes, con aberturas y escotes muy aquilatados y fimbrias de piel o pluma. Era la época de los sombreros monumentales. Sole, la pobre, no sabía ponerse aquellos sombreros. Iba la peinadora y se los colocaba, según arte, pero apenas salía a la calle un movimiento brusco de la cabeza o un tropezón al subir al *fiacre* —aún había *fiacres* en París— hacía que el sombrero se ladease, y allí iba Sole arrastrando aquel promontorio desgraciado con su carita de Pascuas, que París entero se volvía a mirar.

Aprendieron a bailar el tango argentino, y como se querían mucho llegaron a bailarlo con un acoplamiento perfecto. Hubo entonces en París un concurso internacional de danza, y fueron proclamados los mejores bailarines de tango argentino del mundo. Les dieron una medalla conmemorativa, que Sole guarda todavía como oro en paño.

Pero aunque se europeizaban tanto y tan bien como si hubiesen sido pensionados de la Institución Libre de Enseñanza y ya ella, que no sabía leer ni escribir, podía ir sin desdoro a comer ostras a casa de Pruny, alternando dignamente con viejas damas *royalistes*, grandes duquesas rusas y cocotas de lujo, la razón seria del triunfo continuaba siendo el flamenco litúrgico y severo de él. Un día les buscó un empresario de Constantinopla. Quería contratar a Martínez para que fuese a Turquía a bailar flamenco, solo, sin música y encima de una mesa. Nada de mujer ni de frivolidades. Turquía era un pueblo serio. Pagaba una cantidad exorbitante. Juan y Sole se hicieron explicar qué era aquello de Constantinopla, preguntaron hacia dónde caía Turquía, averiguaron el valor de las piastras y se embarcaron en Marsella con rumbo a Oriente. Era el 26 de junio de 1914.

Cuarenta días antes de que estallase la Gran Guerra.

MARTÍNEZ Y LOS TURCOS

Y DICE MARTÍNEZ, ya por su cuenta:

—Fuimos a caer en un cabaret del Cassim, una especie de Bois de Boulogne turco, donde había teatros, cabarets, parque de atracciones y *dancings*. Allí se reunían gentes de todas las castas: turcos ricos que se quitaban las babuchas, se sentaban sobre las piernas, encendían el *narguile* y se pasaban las horas muertas inmóviles y con los ojos entornados; griegos escandalosos, derrochadores y flamencos, que por pura flamenquería rompían el vaso entre los dedos después de beber o le daban una dentellada en el borde, aunque los trozos de cristal les hiciesen sangrar los labios; hebreos españoles, serios y adinerados, que en medio de la



juerga hacían una pausa cuando les llegaba la hora de las oraciones, sacaban un breviario y se ponían a rezar devotamente, ajenos a cuanto les rodeaba; industriales y burócratas franceses, muy gruñones y muy cicateros, pero buenas personas en el fondo; italianos listos y granujas, rusos borrachos...

»Yo tuve un gran éxito entre los musulmanes bailando el garrotín, la farruca y un baile por el estilo que se llamaba Moras, moritas, moras.

»¡Buen país Turquía y buenos hombres los turcos! Los extranjeros hacían pocas migas con ellos. Les molestaban, les irritaban siempre. Todo estaba dividido: una parte, para los turcos; otra, para los extranjeros. Nosotros, sin embargo, nos llevábamos bien con ellos. Ya ve usted. Yo soy de Burgos. Pues, a pesar de eso, estaba entre los musulmanes de Estambul como en mi casa. Me hacía cargo de sus costumbres, respetaba

sus caprichos y ellos admiraban mi baile, me aplaudían, me llevaban a sus casas y me querían. Me entendía con los turcos como jamás pudo entenderse con ellos ningún francés ni alemán. Yo digo que esto debe de ser cosa del carácter de nosotros, los españoles. El turco es bueno y suave. Si no se le hostiga. Muy religioso. Se entra en la tienda de un turco cuando está haciendo sus oraciones, arrodillado en su tapiz, y no hay manera de que despache, ni siquiera de que le mire a uno. Entonces había en Constantinopla grandes disputas entre ellos. Se habían dividido en «Viejos turcos» y «Jóvenes turcos», pero estas eran ya cuestiones políticas, y yo nunca me he querido meter en política.

(Esto último me lo dice Martínez con un gran ademán desdeñoso).



ANTES DE MUSTAFÁ KEMAL

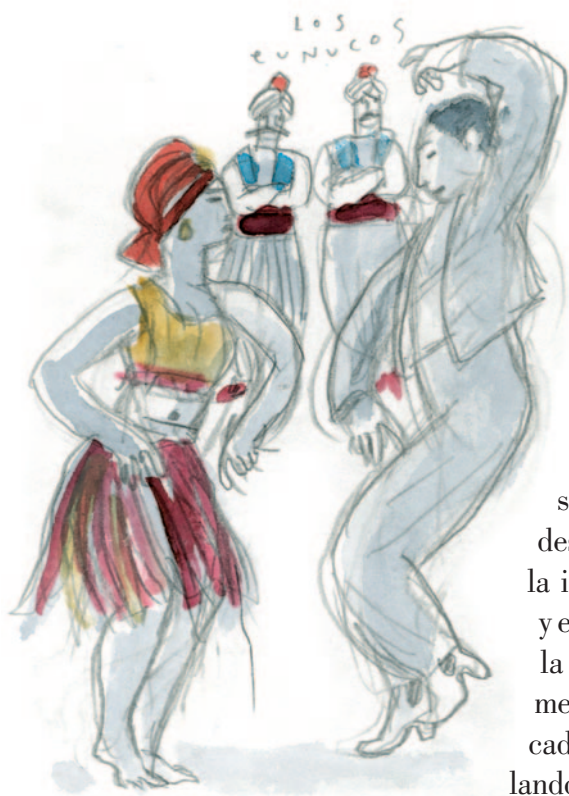
—LA VIDA ERA BARATA: dos gallinas, cinco piastras; el ciento de huevos, cuatro piastras. Mucho oro, mucho champaña. Todo dividido. Pera y Galata, para los extranjeros. Estambul, solo para los turcos y para los hebreos españoles. Había muchísimos. Hablaban un español muy raro. En el bazar de Estambul, los judíos españoles tenían riquezas enormes en pieles y

brillantes. Estaban bien considerados. Los franceses eran, sin embargo, los más importantes. En el barrio europeo todos los letreros de los establecimientos estaban en francés. En Pera había más de diez mil griegos, todos ellos dueños de restaurantes y de cosas por el estilo. Allí hacían su vida los extranjeros. Había cabarets magníficos y mujeres de gran postín. El turco es espléndido, y las mujeres guapas derrochaban sin tasa. Había una, Ana Mackenzie, a la que llamaban la Reina del champagne, que ningún día dejaba de destapar, por lo menos, veinte botellas de champaña, que pagaban sus adoradores. Era bailarina, y había arruinado ya a varios altos funcionarios turcos. Tenía pasaporte americano, y gozaba de tales influencias que hacía expulsar de Turquía a quien le daba la gana. Se hizo amiga del jefe superior de policía, un bárbaro de origen armenio, a quien hizo mucho daño. Por culpa de Ana lo degradaron y lo mandaron a un destino de castigo. Cuando yo le conocí andaba por los cabarets emborrachándose por Ana. Después me he enterado de que le cortaron la cabeza cuando vino Mustafá Kemal.

GALANTERÍA TURCA

—EL TURCO —observa Martínez— no se preocupaba poco ni mucho de las mujeres. Las tomaba cuando las necesitaba, como si cogiera el narguile, y las dejaba cuando se aburría de ellas. Eso sí: las dejaba cuidadosamente guardadas. Le echaba usted un piropo a una mujer turca —entonces yo no había perdido todavía la costumbre de echar piropos—, y, aunque ella no lo entendiese, bastaba para que diese usted con sus huesos en la cárcel. Las mujeres iban por la calle vestidas de negro. En los tranvías había departamentos reservados para ellas. Cuando iban a pie, el marido caminaba siempre dos o tres metros detrás, como si fuese solo. Llevaban el velo levantado, y cuando iban a cruzarse con algún extranjero se lo dejaban caer sobre la cara. Las jóvenes tardaban más o menos en dejárselo caer, según fuesen más o menos guapas. Las viejas y las feas iban tapadas siem-

pre. Les estaba prohibido vestirse a la europea. Solamente se atrevían a hacerlo algunas damas de la aristocracia, pero sin salir a la calle. Ni pobres ni ricos se asomaban a las ventanas ni salían a las puertas de sus casas jamás. Las viejas fumaban como chimeneas. Yo entraba frecuentemente en muchas casas de turcos ricos, porque iba a dar lecciones de baile flamenco a sus mujeres e hijas. Tenía que dar las lecciones en presencia siempre de dos formidables eunucos, que contemplaban cruzados de brazos y bostezando los apuros que yo

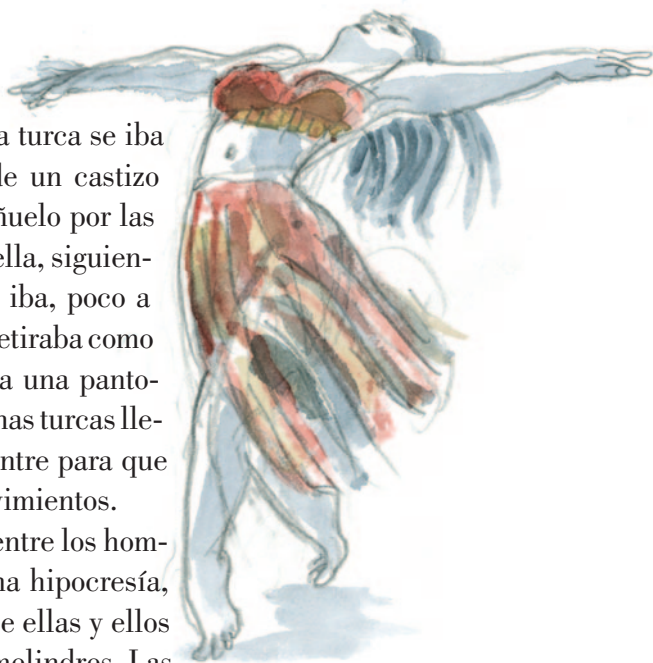


pasaba para no meterles mano a las alumnas mientras les enseñaba el jalefílo de las caderas, que es la alegría del flamenco. Pasaba muy malos ratos, porque las alumnas se equivocaban y se ponían a hacer el llamado molinete oriental, que, como todo el mundo sabe, no es flamenco, pero tiene lo suyo. Los turcos tienen dos clases de baile: el serio y el picante. El serio es el que se practica como espectáculo en grandes locales; el picante se baila solo en la intimidad, en los cabarets pequeños y en las casas particulares. La turca baila una especie de rumba a base del meneo de los hombros y el juego de las caderas. En los cabarets se acerca bailando lentamente a la mesa donde está su

amigo, y, poco a poco, va echando el busto hacia atrás, hasta que el amigo saca una moneda de plata y se la pone en el pecho. Ella entonces coge la moneda y se la tira a los músicos. En Constantinopla era costumbre tirar dinero a los músicos. Los «patosos» les tiraban también vasos y botellas. Les gustaba mucho romperles los instrumentos y pagárselos luego esplén-

didamente. Cuando la bailarina turca se iba pasito a paso hacia la mesa de un castizo este se levantaba, cogía un pañuelo por las puntas y salía a bailar frente a ella, siguiendo el mismo ritmo. El hombre iba, poco a poco, avanzando, y la mujer se retiraba como asustada bailando siempre. Era una pantomima muy graciosa. Las bailarinas turcas llevaban desnuda la parte del vientre para que se viese la limpieza de los movimientos.

»En esto de las relaciones entre los hombres y las mujeres había mucha hipocresía, pero nada más. Para entenderse ellas y ellos tenían que andar con muchos melindres. Las mujeres galantes hacían sus conquistas durante la tarde, en los parques públicos. Damas y caballeros galantes se entendían a lo lejos, sin hablarse, gracias a un complicado sistema de señales con la sombrilla, el bastón y el pañuelo.



EL CURA DEL CORNETÍN

A LOS POCOS DÍAS de estar allí se declaró la guerra. Yo no me di cuenta de lo que era aquello hasta que los directores del teatro donde trabajábamos, que eran franceses, nos dijeron que no podían pagarnos, que cerraban y que se iban. Fuimos a ver al cónsul de España. Como les pasa siempre a nuestros cónsules, no pudo hacer nada. Fui al puerto. No había más que tres barcos y eran millares los franceses que en un plazo de tres horas tenían que embarcar. No daban plazas para mujeres. Después de muchas gestiones, el representante diplomático de Francia me consiguió un pasaje, pero lo rehusé porque no me querían dar otro para Sole. Los buques zarparon abarrotados. Llevaban gente hasta en los palos. Muchos



franceses, sobre todo mujeres, se quedaron sin embarcar. Viendo cómo se alejaban los buques, aquellas pobres mujeres gritaban de dolor, se arañaban el rostro y se tiraban al suelo desesperadas. La guerra nos cogía de nuevas, y hacíamos muchos aspavientos. Después aprendimos a afrontar las cosas con más decencia. Yo estuve al borde del malecón viendo cómo se perdía de vista el último buque francés. En la popa, bajo la bandera tricolor, iba un cura francés, con su sotana y su teja, que cuando el buque soltó amarras sacó un cornetín e inflando los mofletes se puso a soplar *La Marsellesa*. Rojo, congestionado, estuvo soplándola mientras alcanzamos a verle y oírle.



II. Tú eres un espía

GUERRA Y *DANCINGS*

AL PRINCIPIO la guerra no se notaba mucho, pero poco a poco todo fue cambiando. La gente tenía la cara cada vez más apretada, más dura. Ya no volvimos a ver caras anchas, abiertas, sonrientes, hasta muchos años después. Y, la verdad, creo que caras amables como las de antes de la guerra no se han vuelto a ver por las calles de Europa.

Los cabarets no se cerraron. Al contrario, parecía que la gente tenía más ganas de beber y de tirar el dinero. Sole y yo caímos en un cabaret de ínfima categoría, el Kataclun, donde acudía una clientela escandalosa y derrochona: los marinos. El dueño era un griego sinvergüenza que engañaba a su padre. Cinco meses estuvimos allí, siempre con el alma en un hilo por los escándalos, los desafíos y las bestialidades de aquella canalla. Entonces conocí a fondo la mala vida de Constantinopla, aquellos chulos turcos con una oreja cortada invariablemente, aquellas bailarinas guapas, gordas y bestias, aquella morralla internacional de griegos, armenios, búlgaros, tíos de donde Cristo dio las tres voces, todos ladrones, todos pendencieros, que parecía que los llamaban a Constantinopla como con reclamo. Pero ya entonces empezaron a llegar los alemanes, y se pusieron a limpiar aquello de indeseables.

Había en Constantinopla barrios espantosos. Los *gallineros* de Galata eran un montón de casuchas de una planta hechas con adobes, en las que vivían las mujeres malas. Estas casuchas no tenían más que una habitación tan baja de techo, que en ella solo se podía estar acostado, y en el sitio de la puerta presentaban todas una gran tela metálica, a través de la cual se veía un camastro y una mujer, absolutamente desnuda, tendida en él. Los transeúntes escogían mirando a través de la tela metálica, que no tenía otro objeto que el de evitar que les tirasen cosas a aquellas desgraciadas. Una cantidad equivalente a una peseta daba derecho a una botella de cerveza y a todo lo demás. Por lo general, las mujeres de los *gallineros* de Galata no eran turcas. Había muchas griegas, y hasta alguna española, que no sé cómo fue a caer allí. Los clientes eran marineros, soldados, boxeadores, luchadores de grecorromana y cargadores del puerto. Los musulmanes no iban casi nunca a los *gallineros* de Galata. Para entrar en las casas de placer había que llevar fez y ser conocido de alguien. Antes de que le abrieran tenía uno que hablar con la dueña por un turno como el de un convento. Había muchas cortesías y muchos cumplimientos. Todo estaba lleno de celosías y cortinas. Era bonito y raro. Siento no poder contarle todo, pero Sole se me enfadaría.

Después de cinco meses de sobresaltos entre la clientela alborotada del Kataclun fuimos a trabajar en el Circo de Pera, donde dimos una función en honor de las dos esposas del sultán, la entrante y la saliente. A las sultanas les gustó mucho nuestro trabajo, y nos mandaron como regalo veinticinco libras turcas y una flor.

Finalmente estuvimos bailando en el Parisiana, un cabaret de más empaque, al que iba mejor gente. Los alemanes, que se iban haciendo los dueños de Constantinopla, lo frecuentaban. Allí conocí a muchos oficiales alemanes.

Allí conocí al barón Stettin. El barón Stettin, que estuvo a punto de ser mi ruina.

PROFILAXIS GERMÁNICA

AL MES DE ESTAR ALLÍ los alemanes, Constantinopla era otra.

Y se había acabado el pan.

Limpiaron aquello de maleantes, metieron a los turcos en cintura, pero no quedó un panecillo blanco en toda Turquía. Barrieron para dentro. Se llevaron a Alemania todo cuanto necesitaban para seguir haciendo la guerra. En las tiendas empezaron a escasear los víveres; pero, eso sí, el orden era admirable. Exactos, inflexibles, laboriosos, los oficiales alemanes sustituyeron con ventaja a los funcionarios turcos, que eran unos pendones. Todavía recuerdo a un capitán turco con unos bigotazos imponentes, jefe de la policía, que andaba siempre por los cabarets rodeado de seis o siete muchachitos guapos, con los que se emborrachaba. Aquello lo acabaron los alemanes a rajatabla. No es que los oficiales alemanes no fuesen también a los cabarets y no se emborrachasen, pero tenían otros modales. Muy serios, muy suyos, muy correctos, les besaban las manos a las artistas y las obsequiaban con ramos de flores. A mí uno me tiró una noche una moneda de oro al terminar de bailar el tango.

La policía alemana echó a un lado a la policía turca y le hizo la vida imposible al que no tenía sus asuntos en regla. Llegaron a expulsar a todas las parejas de artistas de cabaret que no eran matrimonio, pusieron muchas restricciones a la bebida —claro que solo para los que no eran alemanes—, y con el miedo a los espías no dejaban moverse a nadie. A los pobres franceses que se habían quedado en Constantinopla no se les permitía salir a la calle después de las siete de la tarde, bajo pena de fusilamiento. Solo una noche, la Nochebuena, les dejaron un poco en



libertad para que pudiesen celebrarla. Así y todo, había muchos aliadófilos, y un día intentaron celebrar una manifestación. La policía turca les cortó el paso con descargas cerradas contra los manifestantes. Al día siguiente yo mismo, con mis propios ojos, vi en medio del Cassim balanceándose media docena de ahorcados. Los únicos que se las tenían tiesas con los alemanes eran los marinos del buque norteamericano Escorpión, que estaba anclado en el puerto. Los yanquis tenían broncas constantes con las patrullas alemanas. Los demás, turcos o extranjeros, no chistaban siquiera. La opresión era cada día mayor. Y más grande la escasez.

Yo procuraba estar a buenas con ellos. Uno es artista de cabaret, y en todas partes tiene que congraciarse con los que mandan para que le dejen vivir. Llegué a estar muy bien relacionado con los alemanes. Un día fui presentado al conde Spee, que era el jefe, una especie de virrey. Por entonces di lecciones de baile al cónsul de Austria y a la baronesa de Gooten, una dama alemana muy importante, doctora, que estaba en Turquía organizando enfermeras. También conocí a Juan Radsmusen, un aviador alemán famoso. Y al barón Stettin.

«TÚ ERES UN ESPÍA»

EL BARÓN STETTIN se encajó bien el monóculo, apoyó el codo en el mantel y me dijo fríamente:

—Tú eres un espía.

Me quedé sin sangre en las venas. Yo sabía bien cómo las gastaba el barón con los espías. Con su aire correcto y glacial había mandado al otro barrio más gente que pelos tenía en la cabeza. El barón Stettin era un capitán del ejército alemán, coronel entonces de la caballería del sultán, y al parecer, uno de los jefes del servicio de contraespionaje. Yo había notado ya que desde hacía algún tiempo cada vez que iba por el cabaret, y lo hacía frecuentemente, me buscaba, charlaba conmigo, me hacía beber y estaba demasiado amable. Aquella noche, cuando hubimos terminado

nuestro número en el escenario, me mandó un recado invitándome a tomar una copa de champaña. Y mientras Sole se vestía yo fui a su palco. Me recibió con una sonrisa, me invitó a sentarme y me llenó una copa. No había hecho más que vaciarla cuando me espetó aquello:

—Tú eres un espía.

Yo hubiese querido en aquel momento mismo sincerarme, explicarle ce por be toda mi vida, demostrarle que estaba equivocado; pero el barón me estaba mirando a los ojos a través de su monóculo con una cara tan fría, tan inexpresiva, que me quedé sin resuello. Volvió a llenar mi copa parsimoniosamente, sin dejar de mirarme a los ojos, y con un ademán me invitó a beber.



Cuando después de tragar saliva, iba yo a romper, entró Sole en el palco, y el barón se levantó ceremoniosamente, le besó la mano y se puso a decirle galanterías en francés con el mejor humor del mundo. Yo estaba

volado. Porque Sole, muy contenta, se reía con las bromas del barón, charlaba por los codos y decía inconveniencias de los alemanes. Si esta sigue hablando y bebiendo, pensé, nos fusilan. Me puse a hacerle señas disimuladamente para que se reportase, pero Sole, que había vaciado ya tres o cuatro copas de champaña, no me hizo ningún caso, y cuando advirtió mi contrariedad se puso a embromarme porque pensaba que mi disgusto no tenía otra causa que los celos por los galanteos del barón. Yo estaba pasándolas negras, y me daban ganas de retorcerle el pescuezo a Sole para que se callase. Pero aquello no llevaba trazas de terminar nunca. Las dos o tres veces que pedí permiso al barón para retirarme me encontré con que me obligaba a sentarme otra vez y a seguir bebiendo. Sole seguía divirtiéndose con sus chicoleos, sin pararle los pies, y el tío, que también había ido bebiendo lo suyo, se animaba demasiado. Hubo un momento en que me pareció que se propasaba, y, por sí o por no, a pesar del miedo que me había metido, me apersoné un poco y le llamé la atención:

—Señor barón...

Me miró de mala manera. Yo debía de tener también una cara de pocos amigos, porque intentó recobrar su tiesura y su aire glacial. Pero ya había bebido demasiado, y poco después volvía a las andadas. Ya Sole se había dado cuenta de que no estaba el horno para bollos, y se dejó de bromas. El barón, sin embargo, intentó reanudarlas, y como no encontraba ambiente lo pagaba con la botella. Nos hacía beber con él; pero yo tengo a orgullo que jamás se me había ido la cabeza, y Sole, disimuladamente, sin negarse, procuraba no trasegar más champaña. Media hora después, el barón Stettin estaba como una cuba.

Hubo un momento en que yo me enfadé, pero él, poniéndose muy serio, me amenazó:

—Ya sabes lo que te he dicho.

No había más remedio que seguir trasteándolo por las buenas. Creyera de verdad que yo era espía, o fuese solo una añagaza para asustarme, lo cierto era que con una denuncia suya habría bastado para que me quitasen de en medio. Cuando ya iban a cerrar el cabaret y, ¡al fin!, podíamos

irnos, se obstinó en acompañarnos. No hubo modo de quitárselo de encima. Mientras iba al guardarropa, le expliqué a Sole:

—Ten cuidado; cree que somos espías y puede ser nuestra perdición.

Sole estaba también un poquito bebida.

—¿Quién? ¿Ese pelmazo? Ese tío cochino sabe que nosotros somos gente de bien, que no tenemos nada de espías. Y lo que quiere es meterte miedo para que no le estorbes. ¿Te enteras? ¡So *atontao*! ¡Lo que quiere ese es que yo le haga cara!... ¡Pues sí que no me lo ha dicho clarito!

Se me apagaron las luces de la razón. Ya toda la noche había venido yo maliciándomelo; pero, la verdad, me había metido tal miedo en el cuerpo con lo del espionaje, que no me solía valer. Claro es que Sole hablaba así porque no sabía lo que era el poder de aquel hombre y lo fácilmente que con una acusación de espía, verdadera o falsa, podría deshacerse de quien le diese la gana.

Salimos a la calle. Pronto amanecería. El barón Stettin iba a nuestro lado dando traspiés, refregándose contra la pared, y me decía, con la cara descompuesta:

—Eres un espía; un cochino espía. Te voy a cortar la cabeza.

Yo escurría el bulto como mejor podía y obligaba a Sole a apretar el paso por ver si lo dejábamos atrás; pero él, entonces, daba dos zancadas, nos agarraba a cada uno de un brazo y nos hacía llevarle a remolque dando bandazos.

Cerca ya de nuestra casa se le ocurrió:

—Subiré con ustedes.

—No, barón; usted se marcha a dormir, que falta le hace.

—He dicho que subiré.

—No; no es posible.

—Para mí todo es posible, ¿sabes?

Y se echó sobre mí con todo su corpachón. Me pasó una nube negra por los ojos. Cuando se creyó que me tenía acogotado se volvió hacia Sole, la cogió, echándole el brazo por la cintura, e intentó salir andando con ella.

Salté como un gato, le pegué un empujón con toda mi alma y lo tiré contra la pared. La calle estaba solitaria. No se oía un ruido en toda Constantinopla. El barón era grande y fuerte; pero estaba borracho como una cuba, y yo, entonces, tenía la agilidad de un mono. Al verle allí, resoplando, pegado a la pared, intentando afirmarse en el suelo con las piernas muy abiertas, mientras se buscaba algo torpemente en los bolsillos del capote, pensé: «Este tío va a matarme como a un perro. Hay que jugárselo todo».

Metí mano al cuchillo y me empalmé. Era una hoja de Toledo con mango de pata de cabra, que yo había comprado en Burgos a unos pastores y que siempre iba conmigo. Cuando el barón, con aquellos ojos de gato que tenía, vio brillar el cuchillo en mi mano, se quedó un momento estupefacto.

—¡*Navaca!*— le oí balbucear asombrado. Por lo visto no se lo esperaba.

Pero antes de que pudiese darme cuenta vi el reflejo de una cosa de plata en sus labios, y un segundo después me sobrecogía un estridente silbido. Había tocado el pito de alarma que, como todos los oficiales que andaban por Constantinopla, llevaba. Se me heló la sangre en las venas. Dentro de unos segundos estaría allí una de las patrullas alemanas, me cogerían con la herramienta en la mano, sabe Dios lo que aquel tío borracho declararía contra mí... Aterrado, sin saber qué hacer estaba todavía, cuando oí a corta distancia otro silbido que contestaba al del barón. Este volvió a pitar frenéticamente, y yo, entonces, loco de miedo, cogí a Sole por la muñeca y, a rastras, en carrera abierta por medio del arroyo y todavía con el cuchillo empalmado, echamos para nuestra casa. Al doblar la esquina de nuestra calle eran ya tres o cuatro los silbatos que rasgaban la noche por los cuatro costados del barrio. Mientras abríamos, temblorosos, el portal, los perros, los infinitos perros de Constantinopla, empezaron a traicionarnos y a contarse lo que pasaba a ladrido limpio. No tuvimos tiempo más que para meternos en el portal y atrancar la puerta. Apoyándola con nuestras manos temblorosas estábamos todavía, cuando sentimos el machaqueo sordo contra los guijarros de los zapatonos de una patrulla alemana que acudía en socorro del barón.

III. El espectro de la guerra nos persigue

LA CIUDAD DE LOS MUERTOS

¡Q UÉ ANGUSTIAS PASAMOS! Hubo unos días en los que no nos llegaba la camisa al cuerpo; a cada instante esperábamos la llegada de la patrulla alemana que vendría a arrestarnos. Pero se conoce que el barón Stettin, cuando se le pasó la borrachera, tuvo un poco de vergüenza por lo ocurrido y optó por no perseguirnos. A las pocas noches volví a verle en el cabaret. Nos saludó ceremoniosísimo. Como si no hubiera pasado nada. Otra vez que me cogió a solas me advirtió:

—Ten cuidado, español; sigo sospechando que eres espía de los franceses, y me he propuesto cazarte.

Me buscaba siempre; aprovechaba todas las ocasiones que se le presentaban para hacerme hablar; me obligaba a beber; hacía que me vigilaran sus hombres. Logró ser mi obsesión. La vida llegó a hacérsenos imposible, y pensamos en marcharnos de Turquía para que acabase aquella pesadilla. Pero ¿adónde iríamos? A Francia no se podía volver; a España, ni soñarlo. Se nos ocurrió entonces irnos a Rumanía, donde no había guerra. Teníamos que salir de Turquía, cosa bastante difícil de lograr, siendo, como éramos, sujetos sospechosos para el servicio de contraespionaje alemán. Teníamos, además, que atravesar toda Bulgaria, que también estaba en guerra.

En Constantinopla, sin embargo, no podíamos quedarnos. La guerra se notaba cada día con mayor intensidad. Los barcos venían cargados de muertos y heridos de Galípoli, alemanes, turcos, franceses e ingleses. Casi todos los heridos morían en la travesía, y los barcos, al llegar al puerto, volcaban sobre el muelle verdaderos cargamentos de cadáveres a los que se amontonaban en los vagones de la línea del ferrocarril que llegaba hasta el mismo puerto de Galata. A veces, los cadáveres llevaban allí varios días insepultos.

Constantinopla parecía entonces la ciudad de los muertos. Andábamos entre ellos como la cosa más natural del mundo. En el centro de la ciudad ha habido siempre cementerios. En el mismo Cassim había uno enorme. En Tatavola había muchos diseminados entre las viviendas, y a ellos iban los turcos fanáticos a orar ante las tumbas mientras la gente iba y venía a sus quehaceres. Por todas partes se veían, además, unas casitas de una planta, como capillitas, a través de cuyas ventanas se descubría una pieza iluminada por una lamparilla de aceite que alumbraba un féretro, encima del cual aparecían frecuentemente un capote militar y un casco como únicos ornamentos de aquella especie de cripta, hasta la que llegaban los campanillazos de los tranvías, los gritos de los vendedores ambulantes y las risas de los niños que jugaban en las calles.

No he visto ningún sitio donde los muertos sigan «viviendo» tan pegados a los vivos ni vivos tan acostumbrados a la intimidad con los muertos. Llego uno a ser como amigo de ellos. Recuerdo una capillita de aquellas con su féretro en el suelo, su capote y su casco, que me cogía de camino cada vez que iba o venía del cabaret. Al principio, aquello me impresionaba, sobre todo de madrugada, cuando, en la oscuridad de la calle, solo brillaba aquella lucecita triste de la cripta; pero acabé por familiarizarme con la vecindad de aquel muerto que me salía al paso un día y otro, y llegamos a ser buenos amigos. Alguna madrugada, al volver a casa un poco alegre, miraba por la ventanita iluminada y me entraban ganas de decirle:

—¡Eh, amigo! ¡Lo que te has perdido esta noche por no venir al Parisiana!



LAS HAZAÑAS DE LOS SUBMARINOS

LA GENTE TENÍA UN MIEDO espantoso. Con decir que una noche se produjo una alarma en un cine, en la que resultaron docenas de heridos, solo porque en la pantalla apareció una masa de soldados alemanes que con los cascos puntiagudos y la bayoneta calada avanzaban simulando un asalto, hasta asomar en un primer plano impresionante sus caras feroces de combatientes que pusieron pavor en el ánimo de los espectadores, se tendrá una idea del estado de espíritu de los turcos. Los alemanes, para ir fami-

liarizando a sus aliados con la guerra, ponían estas películas de propaganda de su ejército y llevaban a verlas los viernes a los soldados turcos. Pero los efectos eran contraproducentes.

En el puerto el miedo era insuperable, y las precauciones, enormes. La boca estaba formidablemente artillada, y toda la costa del Bósforo erizada de ametralladoras y cañones por miedo a los submarinos aliados. Un día un submarino francés realizó una proeza que puso espanto en los habitantes de Constantinopla. Consiguió llegar sin ser visto, sorteando las minas, hasta el primer puente. De allí no pudo pasar por impedírselo una red metálica que defendía la entrada. Entonces los tripulantes del submarino francés saltaron a tierra. Era de madrugada. Tuvieron el valor de llamar a una tienda del muelle, obligar a que les abrieran, hacer unas compras y volverse tranquilamente a bordo. Antes de partir largaron un pepinazo que derribó la fachada de un hotel. Esta tarjeta de visita horrorizó a los turcos. Otro submarino inglés llegó hasta el segundo puente y también pudo escapar indemne. Un tercer submarino británico, que se aventuró en aquellas aguas, fue cazado por los alemanes. Para conocer los secretos de su funcionamiento, las autoridades alemanas obligaron a la tripulación inglesa prisionera a ponerlo en marcha.

Ante los ojos de muchos curiosos el submarino se sumergió en el puerto, llevando a los tripulantes ingleses y a los técnicos alemanes que querían aprender su manejo. Pero no volvió a salir a flote. Se aseguraba que los ingleses habían tenido la heroica resolución de hundirlo y perecer en el fondo de la bahía, junto con los jefes alemanes, con tal de no poner en manos de estos los secretos de la navegación submarina británica.

También acudían a Constantinopla de arribada forzosa los famosos buques fantasmas Goeben y Breslau. Conocí a varios oficiales de estos buques, que estuvieron más de una vez en el cabaret viéndome bailar. Eran muy jovencillos, parecían colegiales. Su prestigio en Constantinopla era inmenso. El Goeben y el Breslau entraban y salían como les daba la gana, burlando a toda la escuadra aliada.

EL HOMBRE FATÍDICO

AQUELLO SE PONÍA CADA VEZ más feo, y nosotros hacíamos gestiones apremiantes, por mediación del consulado español, para que nos dejaran salir por la frontera búlgara. Yo advertía que el cerco que me tenían puesto los espías alemanes era cada vez más estrecho. No podía moverme. Hasta en la sopa me salían los agentes del odioso barón Stettin.

No me atrevía a hablar con nadie. Notaba yo que los mismos compañeros de trabajo escuchaban atentamente lo que yo decía o intentaban averiguar lo que yo hacía para ir a contarlo a la comandancia alemana.

Sole y yo no vivíamos. Una madrugada, después de la función en el cabaret, estábamos en nuestro cuarto del hotel verdaderamente acongojados. Sole tenía aquella noche una gran tristeza. Lloraba. Quería a todo trance que nos fuésemos de allí. Yo sabía bien por qué lloraba. Yo sabía, porque lo sufría también, qué pena era aquella que la trabajaba mientras andábamos por los cabarets bailando y bebiendo champaña. Y me puse a consolarla, hablándole bajito de «Ella»; de lo felices que íbamos a ser los tres en nuestra casita de España; de cómo nos la íbamos a encontrar cuando regresáramos... Súbitamente se abrió de par en par la puerta de nuestro cuarto y apareció en el marco de sombra del pasillo la figura odiosa del barón Stettin, con su monóculo encajado y una mano en el bolsillo del pantalón, indudablemente amartillando un arma. Al ver a Sole llorando y a mí echado a sus pies debió quedarse un poco desconcertado, aunque su rostro impasible no se movió. Farfulló algo que quería ser una justificación:

—No te asustes, español. Ya sabes que te vigilo de cerca. Te oí cuchichear y creí que estabas con...

Echó una ojeada rápida a la habitación, dio un portazo y se fue. Yo creo que aquella noche estaba también un poco borracho.

Aquella visita inopinada nos produjo un pánico irresistible. Decidimos salir de Constantinopla al día siguiente, fuese como fuese. Y lo conseguimos.

GANADO AL MATADERO

SALIMOS DE CONSTANTINOPLA sin grandes dificultades. Como estaba prohibido llevar dinero en oro (solo cinco libras turcas por persona), y yo había conseguido juntar con mi trabajo en los cabarets unas cincuenta libras en oro, tuve que ingeniármelas para pasarlas de contrabando.

Me las escondí en los tacones de los zapatos, en la cerradura del baúl y en la caja del maquillaje.

Nos registraron antes de dejarnos pasar a la estación; volvieron a registrarnos en el andén; el tercer registro nos lo hicieron estando ya el tren en marcha, y, finalmente, al llegar a Rustschuk, en la frontera búlgara, nos registraron hasta el cielo de la boca.

Yo llevaba un paquete de tabaco y me lo desmenuzaron hebra por hebra.

El cuchillo con mango de pata de cabra me ocasionó otro disgusto. Me lo encontraron al registrarme, y como estaba absolutamente prohibido llevar armas, me querían hacer bajar del vagón y dejarme arrestado. Se arregló con un poco de dinero. Como se arreglan casi siempre las cosas.

Marchábamos ya por territorio búlgaro; pero aún no habíamos recorrido cincuenta kilómetros cuando el tren se detuvo en una especie de apeadero, en el que había un barracón atestado de soldados. El aspecto de aquellos soldados búlgaros era terrible. Iban cargados como bestias, con más de cuarenta kilos a la espalda, y parecían tan rendidos que se tiraron a dormir sobre la nieve en el mismo andén, arrebujados en sus mantas. ¡Qué impresión nos hicieron aquellos pobres soldados búlgaros! Se movían torpemente de un lado para otro del andén, arreados por los oficiales como pobres bestias, que fueran conducidas al matadero en aquellos vagones inmundos, verdaderos vagones de ganado. No cabían en los que les habían puesto e hicieron irrupción en nuestros coches. Tomaban nuestros departamentos por asalto y nos echaban al pasillo a culatazos, entre gruñidos sordos e imprecaciones. En el pasillo, tiritando y de pie, fuimos ya todo el viaje, mientras los infelices soldados, tirados

en el suelo de los departamentos, unos encima de otros, dormían a pierna suelta. Iban destrozados, llenos de barro, con las mejillas hundidas y los ojos febriles.

Un grupo de ellos, más animoso, rompió, de pronto, a cantar *La Marsellesa* a coro. Yo me quedé estupefacto.

—¿Cómo se atreven ustedes a cantar *La Marsellesa*? —les pregunté.

—Cantamos lo que nos da la gana —me replicó uno—. Nadie puede prohibirnos nada, ¿sabes? Nos van a matar mañana. ¿Quién puede impedir que cantemos lo que queramos? Los franceses son nuestros enemigos; pero si yo grito ¡viva Francia!, ¿qué?

El tren pasaba muy cerca del teatro de operaciones, y cada vez que paraba era para que subieran o bajaran las tropas que iban de refresco o las que venían de las trincheras. Con este trasiego caminamos hasta Sofía a paso de tortuga. Las ventanillas de los coches iban clavadas y pintadas de negro. En cada departamento había un centinela con la bayoneta calada. Lo había hasta en el lavabo, y ni siquiera allí le dejaban a uno a solas. Llegamos a Sofía; pero las cosas estaban tan mal en la capital de Bulgaria que decidimos continuar a la mañana siguiente en dirección a la frontera de Rumanía. No encontramos ningún hotel donde pasar la noche. Solo conseguí que por un puñado de levas me vendiesen un poco de pan negro y un trozo de carne dura. De madrugada llegamos a la frontera rumana. Había que visar los pasaportes y tuvimos que quedarnos allí hasta el día siguiente.

LA PRESA SE ESCAPA

CON UN FRÍO ESPANTOSO salimos a buscar alojamiento y comida. Andábamos desorientados, sin encontrar nada ni entender a nadie, cuando se me acercó un joven muy amable que, en correcto español, trabó conversación conmigo con el socorrido pretexto español de pedirme lumbre. Me agarré

a él como a un clavo ardiendo. Me brindó su amistad y se dispuso a acompañarnos. Nos buscó alojamiento, y cuando, ya en nuestro cuarto, quisimos despedirle para descansar unas horas, empezó a hacerme preguntas raras y a ponerse demasiado pesado. No tardé en darme cuenta de que era alemán e inmediatamente adiviné qué era lo que iba buscando. Se trataba de un agente del barón Stettin, que había venido hasta la frontera rumana persiguiéndonos, y que, ya a un paso de Rumanía, no se decidía a dejar escapar la presa. Él mismo me lo confesó. Husmeó cuanto quiso, metió las narices en nuestro equipaje, y, finalmente, bien porque se descorazonase o porque estuviese cansado, nos dejó y se fue a dormir. De madrugada atravesamos el Danubio con un frío aterrador y entramos, al fin, en Rumanía. Antes de entrar tuve aún el último tropiezo.

Yo soy de Burgos, y así consta en mi pasaporte, pero al policía rumano que estaba en la frontera se le antojó que yo era búlgaro y no me quería dejar pasar.

—Tú eres búlgaro; de Burgas —me decía, señalándome el pasaporte.

Efectivamente, en Bulgaria hay una ciudad que se llamaba Burgas y aquel policía no había oído hablar en su vida ni de España ni de Burgos, ni del Papamoscas. Tuve que explicárselo todo para que me dejara pasar. Hasta lo del Papamoscas.

¡HAY PAN BLANCO! ¡HAY PAN BLANCO!

PASEANDO POR EL ANDÉN, en espera de que saliese el tren para Bucarest, miré a la cantina y vi pan blanco. ¡Pan blanco! ¡Libretas de mi vida! No sabe nadie lo que es un pan blanco, bien cocido, dorado, con su migajón esponjoso y su corteza crujiente, hasta que no se han pasado varios meses, como nosotros nos pasamos en Turquía, tragando ese pan negro que hacen los alemanes, sabe Dios con qué. Me tiré sobre aquellos panes blancos como una fiera. Acostumbrado ya a los precios fabulosos del buen pan en los sitios donde había guerra, me acerqué el tacón de la bota, saqué



una moneda de oro, la puse sobre el mostrador de la cantina y empecé a acarrear panes al vagón, echándoselos a Sole por la ventanilla. La gente se reía de mí. Pero es que ellos, ¡infelices!, no sabían todavía lo que es un pueblo cuando le falta el pan. Ya lo aprenderían más tarde. En Bucarest fuimos a parar al Hotel Central, que estaba frente a Correos. Me presenté pidiendo trabajo en un cabaret llamado Alhambra y debutamos a los cinco días. Gustamos mucho y nos sentimos felices. Había pan y paz. ¡Cuántas veces he visto después a los hombres hacerse matar, clamando por estas dos cosas: el pan y la paz!

Más adelante, fuimos contratados por el Casino de París, y estando allí nos salió un contrato para Braila, donde estuvimos actuando en el Paradis durante quince días. La noche de nuestra última actuación en Braila sufrí un accidente. Bailando se me dislocó una pierna y quedé inútil para trabajar durante mucho tiempo. Fue la señal de que acababa

nuestra buena ventura. Sole tenía que salir a bailar sin pareja. Yo la acompañaba con los palillos. Así estuvimos actuando en otros cabarets de menos fuste: el Tango y el Salata.

EL MUNDO SE HA VUELTO LOCO

EN MEDIO DE TODO estaba contento, porque después de lo que habíamos sufrido en Turquía con la guerra, Bucarest nos parecía la gloria. Pero una noche estábamos en el Tango tan tranquilos, cuando, de pronto, el dueño del cabaret hizo parar la orquesta y avanzó hacia el público gritando, loco de entusiasmo:

—¡La guerra! ¡La guerra! ¡Rumanía acaba de declarar la guerra a Alemania!

El público se levantó en masa y gritó entusiásticamente:

—¡La guerra! ¡La guerra! ¡Viva la guerra!



Yo, desde un rincón, triste y solo, con mi pata torcida, les miraba asombrado. Me parecía que súbitamente se habían vuelto locos todos. Que el mundo entero estaba loco. ¡La guerra! ¡Sabían aquellos desdichados lo que era la guerra!

El dueño del cabaret se puso a repartir champaña por las mesas. ¡Qué vítores! ¡Qué alegría! Todos estaban borrachos, tanto de júbilo como de vino.

Yo salí triste del cabaret. Agarrado al brazo de Sole y renqueando, pensaba que yo era el único hombre razonable que quedaba en el mundo.

—Otra vez tendremos que marcharnos —dije a Sole—. La guerra nos persigue. No quiero sufrirla otra vez. Aquí se acabó lo que se daba.

—¿Y adónde nos vamos? —me preguntó ella.

—No sé. La guerra va cercándonos por todas partes. Ya no podemos ir a ningún país donde haya paz. Pero me han dicho que en Rusia, aunque hay guerra, no se nota apenas, porque aquello es muy grande. ¡Podríamos ir a Rusia!

—Vámonos donde tú quieras, Juan —me contestó ella dócilmente. ¡Si en aquel momento hubiéramos sabido lo que nos esperaba!

FUEGO DEL CIELO

A LAS DOCE EN PUNTO se supo la noticia de que Rumanía había declarado la guerra a los Imperios Centrales. A las doce y media, una formidable explosión cortó en seco el bullicio y la algazara de los rumanos. Treinta minutos escasos había tardado el primer avión alemán en atravesar el territorio de Rumanía, evolucionar sobre el cielo de Bucarest y arrojar la primera bomba sobre la población que vitoreaba alegremente a la guerra.

La ciudad enmudeció como por ensalmo. Se acabaron los vítores y los himnos patrióticos, apagados como una candelada cuando se le echa un cubo de agua.

La vertiginosa rapidez de los alemanes en el ataque desconcertó a los rumanos. Bucarest quedó inmediatamente a oscuras y en silencio. Solo se oía el tañido desesperado de las campanas de todas las iglesias tocando a rebato.

Tanteando las paredes, sin más luz que la de aquel cielo claro de agosto, yo iba por las calles negras de Bucarest, cojeando, del brazo de Sole y pensando:

¿Adónde ir que haya paz?

¿Adónde ir que haya pan?